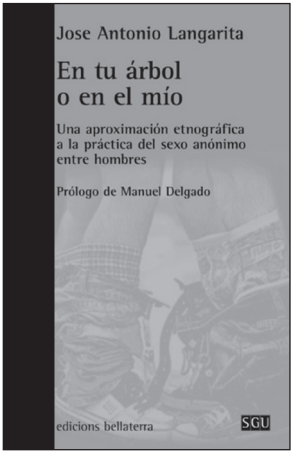

JOSE ANTONIO LANGARITA
En tu árbol o en el mío. Una aproximación etnográfica a la práctica del sexo anónimo entre hombres

AÑO: 2015
ISBN: 978-84-7290-705-8
PÁGINAS: 353
BARCELONA: Edicions Bellaterra
Más información: http://www.ed-bellaterra.com/php/llibresInfo.php?idLlibre=1061

JORDI MAS GRAU / UNIVERSIDAD DE BARCELONA

Reseña

Hasta el último cuarto del siglo XX, «*la sexualidad para la antropología se sitúa en el silencio o en la periferia más apartada de la disciplina*» (Nieto, 2003: 17). Durante ese período fueron los sexólogos, médicos y psicoanalistas, los expertos interesados en la recogida de datos sexuales y en la elaboración de discursos de autoridad —y, por tanto, verdaderos— sobre la sexualidad. Para la antropología, la sexualidad debía ser ignorada o marginada, puesto que acarreaba deseos y conductas impuras, vergonzosas, contaminantes. En opinión de Weston (1993), debemos agradecer el resurgir de la antropología de la sexualidad a unos pocos académicos que arriesgaron sus carreras hablando de lo que no podía —o no debía— hablarse.

Si bien hoy en día la antropología de la sexualidad se ha consolidado como una rama de la disciplina (aunque, al menos en España, no tiene una gran presencia en programas y departamentos), la cuestión de la sexualidad del antropólogo sigue generando encendidos debates. Como apunta Kulick (1995), la tendencia a invisibilizar los deseos, pasiones y relaciones sexoamorosas que muy probablemente afloran mientras el antropólogo se encuentra en el terreno etnográfico, es debida al acatamiento de dos preceptos: que la experiencia personal del antropólogo debe quedar fuera del relato etnográfico y que el sexo está reñido con la objetividad científica.

Es por ello que el libro que se presenta a continuación constituye una apuesta arriesgada que el autor ha sabido afrontar con originalidad, valentía y rigor etnográfico. La originalidad radica en el objeto mismo de estudio, pues no abundan —y menos aún en lengua española— las etnografías sobre los espacios públicos en donde se producen contactos sexuales anónimos y esporádicos entre hombres, una actividad más conocida por el anglicismo *«cruising»*. Además, la orientación metodológica del estudio es decididamente valiente. El autor ha escogido como técnica principal la *observación participante*, lo que en su caso implica convertirse en un sujeto deseado y deseante que participa activamente en esos encuentros sexuales. Que un antropólogo utilice el sexo como un método para la recogida de datos puede generar estupor, ironía y desconfianza incluso entre colegas de profesión. No obstante, la elección de esta técnica cualitativa parece adecuada si consideramos que el *cruising* es una práctica furtiva que tiene lugar en espacios creados para otros usos sociales, tales como baños públicos, parques o playas. Según el autor, el *cruising* es un ritual de interacción social en el que predomina el silencio y los códigos no verbales, y en el que los participantes quieren mantener su anonimato y borrar toda huella que pueda delatar su afición por una actividad estigmatizada. Como se señala en la introducción del libro, la observación participante permite conocer las normas, códigos y usos del espacio que estructuran esta práctica, además de posibilitar una aproximación experiencial —encarnada— al campo de estudio.

El primer capítulo puede entenderse como una justificación de la orientación metodológica del estudio. A buen seguro, si la observación participante se hubiera producido en otros contextos y hubiera conllevado otras actividades por parte del etnógrafo, no habría sido necesario desplegar un argumentario demasiado extenso. Sea como fuere, lo cierto es que el autor decide anticiparse a las posibles controversias y posicionarse. El antropólogo puede decidir no tener sexo durante el trabajo de campo, pero en ningún momento puede desexualizarse. Por tanto, el hecho de omitir las experiencias vinculadas con la sexualidad cuando se elabora el relato etnográfico, no constituye un acto neutro, puesto que la omisión es en sí misma un posicionamiento que además refuerza el tabú con el que nuestra disciplina ha rodeado a la sexualidad. Con todo, si el autor confiere al sexo el estatuto de relación etnográfica de pleno derecho, quizá hubiera sido necesario incluir en el libro una problematización sobre las relaciones de poder —y sus posibles consecuencias— que se establecen entre el etnógrafo que mantiene sexo anónimo y unos informantes que desconocen el fin último de esa relación sexual.

Por otra parte, de esta etnografía sobre las zonas de *cruising* del parque de Montjuïc de Barcelona y las playas de Gavá y Sitges podemos

destacar el análisis que se efectúa en el capítulo 4. El *cruising* es entendido como una actividad ritual productora de significados, códigos, interacciones y experiencias compartidas. El autor subraya que para lograr mantener relaciones sexuales en estos espacios es más importante acatar las normas implícitas que emplear una buena estrategia de flirteo. Tratar de entablar una conversación, no entender los gestos de rechazo o seguir de forma insistente a alguien que se aleja por falta de interés, arruinan la puesta en escena y generan la desaprobación del resto de practicantes. El cuerpo, y en especial el pene, es aquí el «artefacto simbólico supremo». Se produce en las zonas de *cruising* una inversión de la lógica que rige la interacción social cotidiana: se muestran los genitales sin pudor y se ocultan los datos personales. En este capítulo se apunta, asimismo, que en el *cruising* también tiene cabida la hipermasculinidad sexual: se exhibe el pene erecto, se mantienen relaciones libres de afecto y, en ocasiones, se produce un desinterés por el placer ajeno (el sujeto puede abandonar a su pareja sexual tras haber eyaculado).

El autor se aleja de la visión idealizada del *cruising* que sostienen algunos sectores del mundo gay. En su opinión, el *cruising* no es siempre un espacio de libertad en el que hombres de toda procedencia y condición desarrollan una actividad sexual sin ataduras. Por un lado, se ha de tener en cuenta que a algunas zonas de *cruising* (en especial, el parque de Montjuïc) acuden aquellos hombres que no pueden ajustarse a los parámetros que conforman la subcultura gay hegemónica y su proyecto de integración social. Y es que dicha subcultura, vinculada al culto al cuerpo, al ocio y a un elevado capital económico y cultural, genera sus propios excluidos, los cuales no pueden acceder a los espacios de socialización sexual disponibles en las grandes ciudades (bares, discotecas, saunas). Por otro lado, dentro de las zonas de *cruising* también se reproducen los principales factores de estratificación social. Aunque trate de mantenerse en el anonimato, toda persona es portadora de unos marcadores que asignan una identidad social. De este modo, la edad, el aspecto físico o el color de la piel condicionan las posibilidades de mantener relaciones sexuales en estos espacios.

Otro aspecto interesante a resaltar del libro es la conceptualización que se realiza del silencio. El mantenimiento del silencio es un requisito indispensable de las zonas de *cruising*, en las que el principal canal de comunicación es el lenguaje corporal. La ausencia de palabra, esto es, el desconocimiento interesado del resto de practicantes, forma parte de una estrategia colectiva para garantizar la seguridad y anonimato del grupo. Pero el autor recuerda que a esta vertiente práctica del silencio debemos añadirle una vertiente sancionadora. El silencio es también el elemento

vertebrador de las vidas de muchos homosexuales, a quienes la sociedad heterosexista obliga a ocultar, disimular e invisibilizar deseos y experiencias a riesgo de sufrir sanciones.

En este libro no falta una reflexión sobre el Sida (capítulo 5), el cual es entendido como parte fundamental de la memoria colectiva de los homosexuales y como una «epidemia de significados» (Treichler, 1993) que ha reforzado la estigmatización. La preocupación por esta y otras enfermedades de transmisión sexual ha sido la principal motivación de los expertos para acercarse a la práctica del *cruising*. En opinión del autor, el principal «factor de riesgo» es la homofobia social, que condena a los homosexuales al ocultamiento y a las relaciones furtivas. Apunta, no obstante, que en las zonas de *cruising* se produce una evaluación de los riesgos sanitarios por parte de los asistentes: predominan el sexo oral y las masturbaciones, mientras que el sexo anal no es muy frecuente porque, a veces, resulta difícil llevarlo a cabo con las medidas de higiene y profilaxis adecuadas.

En fin, estamos ante una obra novedosa de indudable interés. Langarita nos ofrece una excelente oportunidad para seguir reflexionando acerca del lugar que ocupa la sexualidad en las ciencias sociales. Nos ayuda a entender cómo se estructura una práctica perfectamente codificada en la que predomina el silencio. Nos muestra que la normatividad y la jerarquización también se establecen entre los grupos estigmatizados. Y nos recuerda que la fuerza de lo social a menudo reconfigura los usos que los urbanistas y gestores políticos han previsto para los espacios públicos.

Referencias bibliográficas

Kulick, D. (2005). The Sexual Life on Anthropologist: Erotic Subjectivity and Ethnographic Work. En *Taboo: Sex, Identity and Erotic Subjectivity in Anthropology Fieldwork*. D. Kulick y M. Willson, Eds. London: Routlegde.

Nieto, J.A. (2003). Reflexiones en torno al resurgir de la antropología de la sexualidad. En *Antropología de la sexualidad y diversidad cultural*. J.A. Nieto, Ed. Madrid: Talasa.

Treichler, P. (1993). AIDS, Homophobia and Biomedical Discourse: An Epidemic of Signification. En *AIDS Cultural Analysis, Cultural Activism*. D. Crimp, Ed. Massachussets: MIT Press.

Weston, K. (1993). Lesbian/Gay Studies in the House of Anthropology. *Annual Review of Anthropology*, 22: 339-367.